

# LÍMITES Y CONVERGENCIA DE LAS DISCIPLINAS EN CIENCIAS SOCIALES

Gilberto Giménez\*

## Resumen

A partir de la tesis de que hablar de los límites del conocimiento y de las convergencias disciplinarias en las ciencias sociales equivale a plantear un problema epistemológico que no puede afrontar sistemáticamente ninguna disciplina, aisladamente considerada, este ensayo expone de manera sucinta un recorrido por la variedad de estilos epistemológicos, paradigmas y teorías fraguadas en el campo de las ciencias sociales, para proponer enseguida una metateoría unificadora. Para esto, el autor se apoya en una revisión de la disputa por el método en ciencias sociales y en la reflexión histórica como punto de convergencia.

## Palabras clave

Epistemología, Ciencias Sociales, Historia, Paradigmas

## PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Hablar de los límites del conocimiento y de las convergencias disciplinarias en el ámbito de las ciencias sociales equivale a plantear directamente un problema epistemológico que no puede ser afrontado de manera sistemática por ninguna de las disciplinas, aisladamente consideradas, sino por una metateoría que a la vez las trasciende y las abarca en su conjunto. Y precisamente *esta metateoría*, que constituye un discurso teórico de segundo nivel que subsume bajo su régimen a multiplicidad de teorías sociales de primer nivel, sustentadas por las diferentes disciplinas, *es lo que llamamos “epistemología de las ciencias sociales”*.

Y me parece muy saludable plantear este tipo de problemas en un medio académico como el nuestro, que no está muy acostumbrado a los debates epistemológicos y que frecuentemente adopta a este respecto la política del avestruz —es decir, cada quien se

---

\* Doctor en Sociología por la Sorbonne Nouvelle, París III. Actualmente es Investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y Profesor en la División de Estudios de Posgrado de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales de la misma Universidad.

encierra en su propia disciplina y rehúsa enfrentarse a las disciplinas de al lado y, con mayor razón, a las “del otro lado” (las de las “ciencias duras”)—, o la política de la resignación —esto es, la interiorización y aceptación pasivas de los estereotipos neopositivistas que califican a las ciencias sociales como “ciencias blandas”, “ciencias embrionarias” e incluso como “pseudociencias” rayanas en la impostura.

Ya instalados en el tema que nos ocupa, *conviene distinguir de entrada dos tipos de epistemologías (o metateorías)*, señalados en su momento por Piaget: una cosa son las *epistemologías externas y normativas*, elaboradas generalmente por filósofos de la ciencia que quieren prescribirnos desde afuera la manera en que tendríamos que proceder en la práctica de la investigación científica, y otra cosa son las *epistemologías internas*, generalmente *analíticas y descriptivas*, que elaboran los propios científicos sociales tomando en cuenta la manera en que, de hecho, se practica las ciencias sociales en las diferentes disciplinas, sin ninguna pretensión normativa. Aquí nos interesa este segundo tipo de epistemología, y no el primero.

Ahora bien, el epistemólogo que pretenda elaborar una metateoría respetuosa de la manera en que trabajan realmente los científicos sociales en sus diferentes disciplinas se encontrará de entrada con una temible dificultad: *la enorme diversidad y multiplicidad*, no sólo de las *teorías* sociales, sino también de los *paradigmas* en que éstas se inscriben y los *estilos epistemológicos* que a su vez incluyen tanto a los paradigmas como a las teorías sociales.

Para nuestros propósitos, entendemos aquí por *teoría* las categorías lingüísticas y conceptuales empleadas para describir cierto campo de investigación. Un *paradigma*, en cambio, sería —en un sentido próximo al acuñado por Thomas Kuhn— un conjunto de presupuestos teórico-metodológicos compartidos por una determinada comunidad científica. Y, por último, cuando hablamos de *estilos epistemológicos* nos referimos a ciertas perspectivas fundamentales, de carácter cultural, que orientan a las teorías en sus presuposiciones y asertos generales.

Una epistemología de las ciencias sociales tendría que ser, entonces, no sólo una metateoría compatible con la variedad de las teorías y de los paradigmas en vigencia, sino también una metateoría de la *unidad epistemológica* de todas las disciplinas que los asumen y aplican en sus trabajos de investigación científica. Y, en cuanto tal, tendría que ser capaz de definir las características comunes de todos los razonamientos que hayan producido conocimientos en el ámbito de las ciencias sociales, poniendo al descubierto los principios respetados, implícita o explícitamente, por todas las

disciplinas que integran este ámbito. Ésta sería la única manera de plantear una epistemología de las ciencias sociales que tome en cuenta, simultáneamente, *la realidad del pluralismo de los planteamientos y de las construcciones conceptuales, y la necesidad de un zócalo común susceptible de reducir esta diversidad, por lo menos, a una unidad de convergencia* (Berthelot, J-M., 2000: 130 y ss.).

En lo que sigue, trataré de presentar, en primer lugar, un panorama necesariamente esquemático y resumido de la variedad de estilos epistemológicos, paradigmas y teorías en el campo de las ciencias sociales, y, en segundo, una *propuesta de metateoría unificadora*, que se ido elaborando en el curso de los más recientes debates epistemológicos europeos.

#### ESTILOS EPISTEMOLÓGICOS, PARADIGMAS Y TEORÍAS

Distingamos, en primer lugar, cuatro estilos epistemológicos que enmarcan la variedad de los paradigmas en el campo de las ciencias sociales (Sparti, D., 1995: 21 y ss.): el *estilo interpretativo*, el *estilo empirista*, el *estilo clasificador* y el *estilo propio de las teorías de la acción*. No deben postularse relaciones de inclusión ni de oposición entre estos estilos epistemológicos. Los tres primeros tienen por característica común —y esta observación va a ser muy importante para la construcción de la metateoría a la que nos referiremos más adelante— la consideración del contexto a la hora de definir la unidad de observación en el proceso de investigación social. Se trata, entonces, de *estilos implícita o explícitamente contextualistas*. El último, en cambio, es un estilo radicalmente individualista, ya que define como unidad de observación sólo a los actores individuales comprometidos en la acción, independientemente del contexto histórico, social o cultural en el que se hallan inscritos.

La *perspectiva hermenéutica* se basa en los siguientes postulados:

- las ciencias sociales no se orientan primariamente a la observación de las acciones, sino al desentrañamiento de su significado;
- las acciones sociales deben ser interpretadas y leídas como un texto, lo que supone conocer sus reglas, la racionalidad que las rige y la intencionalidad que las anima;
- cuando se enfatiza el carácter crucial del contexto, resulta una teoría hermenéutica de los órdenes simbólicos a la manera de Max Weber, quien

afirmaba la relevancia de establecer, en primer término, la inteligibilidad (la *Verständlichkeit*) del objeto de investigación;

- el estilo hermenéutico no es sólo descriptivo, sino también creativo y revelador: pretende clarificar, descubrir y reconstruir aspectos normalmente desconocidos de la acción social, porque se dan por descontados (lo “visible no visto”, de Paul Valery);
- hay una diferencia fundamental entre naturaleza y sociedad, debido a que la primera no se autopropones como dotada de sentido.

Se inscriben en esta perspectiva, en primer término, toda la tradición weberiana en sociología y en antropología, así como una gran parte de la tradición de la antropología cultural norteamericana, que ha utilizado sucesivamente paradigmas evolucionistas (Edward Burner Taylor), difusionistas (Franz Boas), culturalistas (Ruth Benedict y Margaret Mead), semióticos (Cliford Geertz) y desconstruccionistas (James Clifford y George. E. Marcus). En general puede decirse que todas las disciplinas que se ocupan de la cultura bajo el punto de vista etnográfico adoptan casi obligadamente esta perspectiva, como es el caso de las convocadas por la escuela inglesa de Estudios Culturales (British Cultural Studies), fundada en 1964 por Richard Hoggart y Raimond Williams en la Universidad de Birmingham.

Una variante de la perspectiva hermenéutica podría ser el *paradigma crítico* representado por ciertas corrientes del marxismo, como la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer, Adorno, Habermas), en la medida en que éstas también se proponen comprender el presente, mediante la toma de conciencia sobre sus condicionamientos y la revelación de sus distorsiones ideológicas. Sin embargo, fieles a su matriz marxista, estas corrientes subordinan la función hermenéutica (interpretar significados) a una función crítica (transformar la sociedad), ya que consideran que la misión principal de las ciencias sociales es mostrar, por lo menos, la posibilidad de alternativas sociales más justas.

La *perspectiva empírico-naturalista* se caracteriza por su matriz neopositivista (Círculo de Viena) y responde a los siguientes postulados:

- el modelo de las ciencias naturales (o de las ciencias físico-matemáticas) constituye el modelo obligado de cualquier investigación con pretensión científica;

- por lo tanto, debe postularse la unidad metodológica de todas las ciencias, cualquiera sea su objeto;
- el saber sociológico se caracteriza por su capacidad de descubrir causas y regularidades empíricas, independientemente del sujeto observado;
- en consecuencia, está orientado a descubrir leyes generales que permitan la previsión de las acciones sociales;
- como todo conocimiento científico, también el conocimiento de la sociedad debe tener implicaciones tecnológicas, es decir, tiene que traducirse en aplicaciones ingenieriles que permitan resolver los problemas que se plantean las sociedades para controlar su propio funcionamiento. De aquí el tópico de la “ingeniería social”, introducido originalmente por Karl Popper y retomado miméticamente por muchos científicos sociales.

Desde esta perspectiva, las ciencias sociales tienen por misión explicar los hechos sociales, no comprender el significado que puedan tener para quienes los vivan o los realicen. La sociobiología de Edward O. Wilson (1975) y el conductismo de Skinner fueron intentos heroicos, aunque fallidos, de respetar con absoluta fidelidad estos postulados neopositivistas. Y en esta perspectiva debería incluirse toda la tradición durkheimiana.

En efecto, Durkheim se sitúa claramente en una posición positivista (premoderna), tanto por su filiación comtiana como por la adopción del principio fundamental de la objetivación de los hechos sociales, que le permite utilizar el razonamiento experimental y el principio de causalidad en sociología. Estos últimos, a su vez, le facilitan usar sistemáticamente el método de las variaciones concomitantes y, a través de éste, de las comparaciones estadísticas. La inspiración durkheimiana se prolonga en la codificación del análisis causal, realizada bajo los auspicios de Lazarsfeld, quien le da forma técnica a la objetivación de los hechos sociales con la construcción de variables, indicadores e índices.

La investigación sociológica norteamericana más reciente, influenciada por la psicología social y estimulada por una demanda social múltiple, ha perfeccionado aún más los instrumentos de recolección y tratamiento de datos; ello ha culminado en la fijación de cánones para la investigación empírica *standard*: análisis del fenómeno y elaboración de hipótesis; transformación de estas hipótesis en relación entre variables; construcción de indicadores correspondientes a estas variables; elaboración y aplicación

de cuestionarios para documentar dichos indicadores; codificación y tratamiento estadístico de los datos; utilización de *test* para determinar la significatividad de las correlaciones encontradas; confrontación con la hipótesis iniciales; confirmación, invalidación y especificación de éstas.

El *estilo sistemático* puede caracterizarse a través de los siguientes rasgos:

- su orientación básica es clasificatoria;
- por lo tanto, su preocupación primaria no es descubrir leyes ni interpretar significados, sino construir un lenguaje especializado con arreglo a un código de referencia;
- el lenguaje sistemático es un discurso segundo (con respecto al lenguaje ordinario), más especializado, general y comprensivo, capaz de reclasificar cada acontecimiento particular en el marco de un gran sistema clasificatorio;
- los problemas que afronta esta perspectiva son de naturaleza eminentemente conceptual: su sintaxis filosófica comporta conceptos tales como sistema, autoreferencia, estructura, integración, funcionalidad, diferenciación, oposición, etc.

Como puede verse, bajo esta perspectiva se cobijan cómodamente el paradigma estructural-funcionalista de Talcott Parsons, reelaborado bajo la figura de un sistemismo, todavía organicista; el paradigma estructuralista de Lévi-Strauss y el paradigma sistémico no organicista de Niklas Luhmann, que concibe la sociedad como un sistema cibernético autoregulado y autoreferencial.

Por último, el *estilo epistemológico*, propio de las *teorías de la acción*, encuadra varios paradigmas de investigación, centrados en las nociones de actor y de acción en una perspectiva radicalmente individualista que ignora, como queda dicho, toda referencia contextual. La idea clave que subyace aquí es que las ciencias sociales deberían orientarse a explorar el uso de *esquemas mentales* (preferencias, intenciones, deseos, motivos, etc.) con el fin de dar forma unitaria al mundo social.

El punto de partida de esta perspectiva epistemológica se remonta a una discusión entablada, en el ámbito de la filosofía analítica de la acción, en la inmediata posguerra; discusión que dio origen a la publicación casi simultánea de una serie de obras importantes como, por ejemplo, *Intention*, de Elizabeth Anscombe (1957) *Laws and Explanation in History*, de William Dray (1957); *The Concept of Motivation*, de Richard S. Peters (1961); *Free Action*, de A. J. Melden (1961); y *The Explanation of Behavior*, de

Charles Taylor. Todos estos autores son neo-dualistas, en el sentido de que renuevan el dualismo clásico entre ciencias naturales y ciencias de la acción social, de matriz historicista-weberiano. Su programa se basa en dos presupuestos fundamentales:

- la gramática lógica de la acción comporta la sustitución de la pregunta causalista (“por qué ha acontecido X”) y de la esencialista (“qué cosa es X”) por la pregunta semántica (qué significa X para Y);
- el carácter ineludible de la caracterización *intencional* de la acción humana, lo que obliga a reconocer la inadecuación de los modelos nomológicos para el análisis de las acciones humanas.

El autor clave de referencia para esta filosofía individualista de la acción humana es Ludwig Wittgenstein (1889-1951), con su teoría de los “juegos de lenguaje”, por la que este último (el lenguaje) se concibe como una acción y el significado como resultante del uso que de él se hace. Para Wittgenstein, no es el significado preconstituido lo que determina el uso de una palabra, sino lo contrario: es el uso que se hace de una palabra en los “juegos de lenguaje” lo que determina su significado.

En definitiva, son tres los paradigmas que pueden incluirse dentro de esta perspectiva epistemológica, aunque tengan poca afinidad entre sí, salvo por el hecho de situar la cuestión del actor y de la acción social en el centro de la investigación social: el *intencionalismo*, la teoría de la *elección racional* (*rational choice*) —que en condiciones de interacción entre por lo menos dos sujetos individuales se prolonga en *teoría de los juegos*— y la *psicología social cognitiva* (*social cognition*).

El *intencionalismo* nace en el contexto de la filosofía analítica del lenguaje y se configura como análisis de los juegos lingüísticos con los que caracterizamos la acción en términos de intenciones y razones. La intencionalidad, entendida como determinante central de la acción humana, se asume aquí en sentido fenomenológico (Husserl) y permite distinguir entre acciones y no acciones.

La teoría de la *acción racional* pretende extender los modelos economicistas de la acción a todas las formas de comportamiento social, liquidando de este modo la historicidad de la misma. El llamado “individualismo metodológico” representa una versión peculiar de esta teoría.

Por último, la *psicología social cognitiva* propone un modelo de interpretación del actor, con base en la noción de *esquema cognitivo*, bajo el presupuesto de que el individuo humano trata siempre de organizar la propia experiencia a través de

categorizaciones destinadas a seleccionar y simplificar lo que se percibe. Los conceptos de *frame* (encuadre cognitivo que permite interpretar el flujo de las acciones) y de *script* (secuencia de escenarios preestablecidos que permiten al individuo asumir correctamente el papel que le corresponde en la trama social) se presentan como modalidades más específicas de esquema cognitivo.

#### LA DISPUTA POR EL MÉTODO (METHODENSTREIT)

Lo dicho hasta aquí nos ha permitido obtener un panorama sumario de la variedad y multiplicidad de los paradigmas y teorías en el campo de las ciencias sociales. Pero este panorama ha sido no sólo esquemático, sino también estático, por lo que no está de más conferirle un poco de movimiento, presentando, a grandes rasgos, la historia que lo respalda. Se trata de la llamada “disputa por el método”, que se desencadenó en Alemania a finales del siglo XIX y se extendió hasta las dos primeras décadas del siglo XX. Esta disputa tenía por objeto definir el ámbito propio de las ciencias sociales en contraposición con el de las ciencias naturales, y culminó con el triunfo del llamado “dualismo metodológico”, es decir, la afirmación de la dicotomía irreductible entre ciencias naturales y “ciencias del espíritu”, como se llamaba entonces hegelianamente a las ciencias históricas y sociales.

Curiosamente, la disputa surge a raíz de la publicación de dos trabajos que confrontan las ciencias sociales con la economía política: el primero es de Karl Menger, quien publica en 1883 un libro titulado *Sobre el método de las ciencias sociales y de la economía política en particular*; el segundo es nada menos que de Wilhem Dilthey, el exponente máximo del historicismo alemán, quien por esas mismas fechas publica su libro *Introducción a las ciencias del espíritu*.

Hemos de tener en cuenta que el historicismo es un movimiento intelectual complejo, unificado por la convicción de que los fenómenos y los procesos humanos pertenecen al orden histórico y reciben de éste su significado. La consecuencia obvia es que todo fenómeno humano debe ser examinado históricamente, so pena de que se nos escape su significado. Menger defendía, diríamos hoy, una concepción nomológica y formalista de la economía, mientras que Dilthey la consideraba bajo una perspectiva radicalmente histórica. Naturalmente gana la batalla este último autor, debido, entre otras causas, al enorme prestigio de que gozaba entonces el historicismo en las universidades alemanas.

El debate se prolonga unos años más tarde, por obra y gracia de los neokantianos. Así, Wilhem Windelband (+ 1915) mantiene la dicotomía entre ciencias naturales y ciencias histórico-sociales (y no más “ciencias del espíritu”) e introduce, simétricamente, la distinción entre “saber generalizante” y “saber particularizante”. Su alumno Heinrich Rickert (+ 1936) retoma la misma distinción utilizando las categorías de “ciencias nomotéticas” y “ciencias ideográficas”, pero su originalidad radica en la introducción de los valores como marcas indisociables del saber histórico, aunque por desgracia los define kantianamente como “categorías a priori”.

La tesis del dualismo metodológico se consolida brillantemente con la aparición de *Economía y sociedad*, el *opus magnum* de Max Weber publicado póstumamente en 1922, dos años después de la muerte de su autor. Para Max Weber, el objeto privilegiado y a la vez interés exclusivo del científico social son los *fenómenos culturales*, es decir, aquella porción delimitada del devenir del mundo a la cual el hombre confiere significado. Se requiere entonces seleccionar lo que en el contexto social aparece como históricamente relevante, lo que a su vez requiere un criterio de valoración derivado de nuestra inexorable “relación a valores” (“*Wertbeziehung*”), que no debe confundirse con “juicios de valor” (*Werturteil*).<sup>1</sup> Y como Weber ya no es kantiano y ha asumido de Nietzsche la idea del “politeísmo de valores”, va a concluir que se puede escribir la historia desde puntos de vista muy diferentes, pero igualmente aceptables. Aquí encontramos en germen el pluriparadigmatismo inherente a todas las ciencias sociales, en la medida en que son también ciencias históricas en razón de su objeto.

Para Weber, en resumen, el objeto del conocimiento sociológico sería *el significado atribuido a la acción por el actor o por un observador* y la unidad de análisis, las *acciones de individuos o de grupos de individuos*. En todos los casos se trata de reconstruir el “sentido subjetivamente entendido”, que no es lo mismo que sentido subjetivo individual, ya que la imputación de sentido se realiza en función de dos criterios: la intención, los motivos o las reglas que rigen la acción, y el contexto más amplio en el que se inserta el individuo. Para ello se requiere procedimientos interpretativos de comprensión. Por eso Weber habla de “sociología comprensiva”.

La herencia de esta etapa de la “disputa por el método”, en la que se impone abrumadoramente el prestigio de Max Weber, puede reducirse a los siguientes puntos:

---

<sup>1</sup> Weber escribe: “No existe ningún análisis puramente objetivista de la realidad, independientemente de ciertos puntos de vista específicos y unilaterales, de acuerdo a los cuales —explícita o tácitamente— son seleccionados como objetos de investigación, analizados y organizados en la exposición”.

- 1) el conocimiento del mundo humano como diferente por su objeto y su método de conocimiento de la naturaleza;
- 2) la tesis de la especificidad y peculiaridad de los fenómenos histórico-sociales;
- 3) la dicotomía entre explicación y comprensión, con la valoración de esta última como procedimiento legítimo de la investigación social;
- 4) la referencia ineludible a razones (o motivos, intenciones, valores) como elementos constitutivos de la acción humana a los que da acceso la comprensión.

Pero he aquí que precisamente en las primeras décadas del siglo XX, y diríase que casi en los mismos momentos de la desaparición de Max Weber, se produce una inversión de la correlación de fuerzas en la disputa por el método y llega a imponerse gradualmente la hegemonía el *monismo metodológico* en un contexto de euforia, a raíz del éxito de las ciencias empíricas y del eclipse de la teoría weberiana de la explicación sociológica.

El origen de todo es el *neo-positivismo* del Círculo de Viena (también llamado *empirismo lógico*), que triunfa y se expande en los años veinte desde esa ciudad. En este Círculo figuran nombres de científicos muy prestigiosos, como los de Otto Neurath, Rudolf Carnap, Karl Popper y Karl Gustav Hempel. Sus tesis básicas son las siguientes:

- 1) El objetivo primario de la epistemología es la reconstrucción racional del conocimiento científico, lo que equivale a elaborar una teoría del conocimiento, de la explicación y del método científicos de carácter completamente general. Incluso habría que construir la gramática de un lenguaje científico unificado y universal, válido para todas las ciencias, cualquiera que sea su objeto o su contenido.
- 2) Hay que postular la unidad del método científico, es decir, la lógica de la investigación y la plataforma léxica de toda ciencia tienen que ser un todo unitario y homogéneo.
- 3) El saber científico tiene que fundar previsiones; en otras palabras, el saber científico no sólo debe proporcionar explicaciones de los fenómenos observados, sino también previsiones acerca de su ocurrencia futura. Esto implica subsumir los casos particulares bajo leyes generales.
- 4) La marca del conocimiento científico es su validez empírica.
- 5) La relación entre teoría científica y práctica es de naturaleza tecnológica, es decir, el saber científico tiene que traducirse en tecnología.

Resumiendo, según las tesis del Círculo de Viena, la ciencia se propone explicar eventos, no comprender el significado que puedan tener para quien los viva o los realice. En consecuencia, el modelo de referencia es la explicación nomológica, que se basa en el descubrimiento de vínculos causales entre variables.

Karl R. Popper, una de las figuras prominentes del Círculo de Viena, reformula las tesis iniciales del empirismo lógico en términos de una “lógica de la investigación científica” que sólo acepta el método hipotético-deductivo como modelo de explicación, lo que implica el rechazo del llamado “método inductivo”, la negación de la posibilidad de la verificación empírica (“las teorías no son *nunca* verificables empíricamente”) y la aceptación de la contrastación (o falsación) como único criterio de validación de una teoría científica. En efecto, si bien es cierto que los enunciados universales “no son jamás deducibles de enunciados singulares, sí pueden entrar en contradicción con estos últimos. En consecuencia, por medio de inferencias puramente deductivas (valiéndose del *modus tollens* de la lógica clásica), es posible argüir de la verdad de enunciados singulares la falsedad de enunciados universales” (Popper, K., 1973: 41). Karl Popper es el neopositivista más hostil no sólo hacia el marxismo, sino también, por extensión, hacia el conjunto de las ciencias sociales. A él le debemos la imputación de imposturas y la inclusión de las ciencias sociales en el infierno del “historicismo” profético.

Gustav Hempel, en cambio, a pesar de haber sido uno de los acérrimos defensores de la posibilidad de una ciencia social naturalista, según el modelo de la explicación hipotético-deductiva, ha sido mucho más indulgente con nosotros. Incluso ha tratado de convencernos de que los científicos sociales aplicamos implícitamente, sin saberlo, el modelo de la explicación monológico-deductiva. Así, por ejemplo, cuando afirmamos que existe un alto porcentaje de mortalidad infantil en la India, *porque* este país tiene un bajo ingreso *per capita*, estamos presuponiendo, de manera implícita en nuestra teoría, una proposición universal como ésta: “los países pobres, con bajo ingreso *per capita*, disponen de pocos recursos para destinarlos a la salud infantil”. En efecto, sólo de este modo podría existir una conexión lógica entre *explanans* y *explanandum*.

Sin embargo, este autor se vio obligado más tarde a temperar su furor deductivista, a raíz del descubrimiento, en el campo de las ciencias físicas, del “principio de indeterminación” de Heisenberg, que sirvió de fundamento para afirmar que, aun en el campo de la física, no existen leyes lógicamente universales, sino sólo leyes estadísticas.

Por lo tanto, en lugar de explicar o predecir la ocurrencia de un evento, la ciencia sólo puede explicar su frecuencia o predecir la probabilidad de su aparición. Luego de este descubrimiento, Hempel introduce la llamada “explicación probabilística-inductiva”, con la misma estructura que la “nomológica-deductiva”, pero con la particularidad de que la conexión causal asume ahora la forma de una asociación estadística, y la expresión “necesariamente” se sustituye por “es altamente probable”.

Hempel termina aceptando, en consecuencia, que el historiador o el sociólogo no tienen que postular *leyes* (y menos todavía las de estructura: X provoca siempre Y). Un historiador, por ejemplo, podría sostener que “Luis XIV murió impopular, porque estableció una política nociva a los intereses de Francia”, o que “La Revolución francesa de 1789 se produjo a causa de la influencia del Contrato Social de Rousseau y de la crisis alimentaria en esa época”. En el primer caso, la expresión “porque” sólo denotaría una inferencia probable y la expresión “a causa de” sólo implicaría una aserción causal singular, sin necesidad de postular una ley universal.

Al parecer, la correlación de fuerzas en la “disputa por el método” tiende a invertirse a partir de la posguerra, y el monismo metodológico comienza a perder gradualmente su hegemonía. La aparición del sorprendente libro de Kuhn, titulado *La estructura de las revoluciones científicas*, representa un primer golpe a las certezas positivistas e introduce lo social en el corazón de la epistemología, al conferir a las comunidades científicas un papel determinante en la perduración de los paradigmas.

Añádase a esto la institucionalización creciente de las ciencias sociales, que desde los años cincuenta y sesenta se dotan de los atributos nacionales e internacionales de una disciplina académica normal. Pese a las debilidades que se les imputan, las ciencias sociales imponen cada vez con mayor peso su presencia en el campo científico. Mencionemos la crítica radical que aparece todavía en esos años y el desarrollo de movimientos sociales de protesta que cuestionan frontalmente a la ciencia como uno de los principales vectores de la sumisión mundial a una racionalidad burocrática y al poder tecnocrático.

Incluso se puede señalar una especie de revancha de las ciencias sociales sobre el neopositivismo formalista en los años setenta y ochenta. En efecto, el desplazamiento de la problemática epistemológica, provocado por Kuhn, orienta cada vez más la reflexión hacia la historia y la sociología de las ciencias, contrariamente a las orientaciones positivistas que continúan preocupándose exclusivamente por la estructura lógica del lenguaje científico. En los años ochenta, la sociología de la ciencia

en su versión más radical (de Bloor a Latour o a Knorr-Cetina) desemboca en la desconstrucción de la racionalidad científica y en la afirmación de un punto de vista relativista. Este punto de vista desplaza la reflexión epistemológica hacia la oposición entre racionalismo y relativismo. Ya no se trata de contraponer la ciencia a la no-ciencia, sino de justificar la noción misma de ciencia.

En el escenario más reciente, la inversión de la correlación de fuerzas parece más evidente. La resistencia al hegemonismo positivista, tal como se expresa particularmente en la economía, se acrecienta y la disciplina clave que va a servir de punto de anclaje a esta oposición va a ser nuevamente la historia. En efecto, ésta plantea problemas epistemológicos que el modelo positivista o naturalista no puede resolver; por ejemplo, ¿cómo se puede hablar de “leyes” en historia?; ¿qué tipo de causalidad debe invocarse en la explicación de un acontecimiento histórico?; ¿qué lugar hay que dar a la acción de los “grandes hombres”?; ¿cómo tomar en cuenta sus intenciones? y, en fin, ¿se puede o no hablar de un sentido de la historia? *Todo parece indicar, entonces, que estamos reeditando una nueva forma de “historicismo” y que estamos retornando al “dualismo metodológico” que caracterizaba a la primera fase de la “disputa por el método”.* De esto trataremos en el párrafo siguiente.

#### LA HISTORIA COMO PUNTO DE CONVERGENCIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

En el contexto de un difuso malestar generado por la excesiva proliferación de especializaciones y subespecializaciones, por la anarquía epistemológica que ha desencadenado el deconstruccionismo de Derrida y por la continuada acusación de impostura de parte del positivismo científico, en el más reciente escenario europeo ha surgido un renovado interés por la epistemología de las ciencias sociales, una nueva búsqueda de unidad y convergencia entre las mismas y la aspiración a una nueva identidad que aglutine a la “comunidad de los científicos sociales”.

En este contexto, entre 1988 y 1991 se realiza una serie de seminarios sobre el principio de racionalidad en el conocimiento de las acciones humanas en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, y, en el momento justo, aparece la obra fundamental de Jean-Claude Passeron (1991), titulada *Le raisonnement sociologique*, que se propone precisamente recomponer o reconstruir el espacio fragmentado de las ciencias sociales. El punto de convergencia va a ser nuevamente, como queda dicho, la historia en sentido amplio (no disciplinario). En efecto, la tesis fundamental de

Passeron postula que el conjunto de las ciencias sociales —denominada por él simplemente “sociología”, siguiendo la tradición de la escuela francesa— se inscribe en el campo de las ciencias históricas, *debido a que su objeto propio, que son los hechos sociales, no puede dissociarse de un determinado contexto espacio-temporal. Lo que equivale a decir que el material de observación de los científicos sociales no es diferente del asumido por el historiador como objeto de narración.*

Dicho de otro modo, los fenómenos propios del “mundo histórico” revisten una propiedad que los distingue radicalmente de otros fenómenos empíricos, como los estudiados por las ciencias de la materia y de la vida: nunca pueden desprenderse del todo de un determinado contexto. Éste puede ser de mayor o menor amplitud (micro-contextos, áreas de civilización, largos periodos históricos, etc.), pero siempre estará presente, al menos de modo implícito, en cualquier descripción o teorización de los fenómenos histórico-sociales.<sup>2</sup> No se trata de una situación provisoria destinada a ser superada cuando las ciencias sociales lleguen a su “plena maduración”, como suele decirse, sino de un régimen conceptual ligado a la forma de *presentación* de los fenómenos sociales.

*Lo dicho no quiere decir que la historia y el resto de las ciencias sociales se confundan en cuanto disciplinas; al contrario, por más que compartan el mismo objeto, se distinguen por sus respectivos regímenes disciplinarios.* Así, el discurso de la historia parece haber asumido, como propia y exclusiva, la descripción de los “hechos por referencia explícita a la singularidad espacio-temporal de los fenómenos observados. En cambio, las ciencias sociales tienden a desbordar lo estrictamente ideográfico, buscando obtener generalizaciones mediante la comparación entre contextos bajo uno o varios aspectos.

Podríamos preguntarnos aún el por qué de lo que el mismo Passeron llama *propiedad deíctica*<sup>3</sup> de los hechos sociales, es decir, su referencia obligada a circunstancias específicas de lugar y tiempo. Quizás pudiera responderse que el contexto, lejos de constituir un simple encuadre o un marco exterior de los fenómenos histórico-sociales, los constituye y los define intrínsecamente como tales, sea porque los explica (si no en términos causales, por lo menos como su condición de posibilidad), sea porque permite conferirles determinados significados.

---

<sup>2</sup> “La disciplina de la historia es, ante todo, la disciplina del contexto”, ha dicho E. P. Thompson (citado por Boutier y Julia, 1995: 35).

<sup>3</sup> El término “deíctico” suele aplicarse a elementos lingüísticos que se refieren a la instancia de la enunciación y a sus coordenadas espacio-temporales: yo – tú – aquí – ahora.

En otras palabras, el contexto desempeña un doble papel con respecto a los fenómenos históricos: 1) un *papel explicativo*, ya que toda acción o interacción social se explica no sólo por factores subjetivos (como la intención, las motivaciones o las disposiciones de los actores sociales), sino también por la situación contextual, que funciona como disparador o fuerza inhibidora de los mismos (Lahire, 1998: 53 y ss.), y 2) un *papel hermenéutico*, ya que permite el acceso a las claves de interpretación o del desciframiento correcto de los hechos considerados. “El contexto asume el papel de «texto social» contra el cual podría interpretarse las partes” (Bello, 1979: 178, cit. por Olvera Serrano, 1992: 90). Al ras de la vida cotidiana, los propios actores sociales están habituados a interpretar automáticamente los acontecimientos que los involucran en función de un contexto determinado.

De la tesis fundamental arriba señalada, que describe muy bien el punto de convergencia de las diversas disciplinas sociales, se derivan una serie de consecuencias que señalan los límites del conocimiento que ellas pueden proporcionar, no por una especie de debilidad congénita de las mismas, sino debido a la naturaleza propia de su objeto:

- la imposibilidad de una teoría general acerca de los hechos sociales o, lo que es lo mismo, la pluralidad de los paradigmas como una exigencia normal de los mismos, ya que pueden ser abordados desde una variedad de perspectivas igualmente válidas, como decía Weber hablando de la historia;
- la imposibilidad de enunciar leyes generales transhistóricas en las ciencias sociales, sino sólo *generalidades contextualizadas resultantes de una comparación entre contextos semejantes bajo algún aspecto*;
- la consecuente imposibilidad de una teoría social formulada en términos hipotético-deductivos a partir de universales lógicos, lo que implica, a la vez, la imposibilidad de aplicar la contrastación popperiana como criterio de validez empírica;
- el recurso de la *ejemplificación sistemática y programada* como único criterio de validez empírica, ante la imposibilidad de la inducción empírica y la verificación experimental;
- el recurso a la argumentación natural como único modo de razonamiento, ante la imposibilidad de emplear un lenguaje total o parcialmente formalizado que permita el cálculo proposicional a la manera de los lógicos;

- la imposibilidad de argumentar bajo la cláusula “*coeteris paribus*”, porque implicaría la posibilidad de seleccionar determinadas “variables internas”, desprendiéndolas de su contexto más amplio;
- finalmente, la naturaleza tipológica de la mayor parte de los conceptos empleados, que son nombres comunes imperfectos o seminombres propios, ya que frecuentemente remiten implícita o explícitamente a determinados individuos históricos: piénsese, por ejemplo, en conceptos como feudalismo, fascismo, burguesía, carisma, Iglesia/secta, monaquismo, populismo, ascetismo/monaquismo, etc.

Estas son las peculiaridades y limitaciones intrínsecas al conocimiento que proporcionan nuestras respectivas disciplinas sobre el mundo histórico-social; en cuanto a lo que nos une, quisiera expresarlo con una frase acuñada por el historiador Paul Veyne: “todos somos trabajadores del contexto”.

#### REFERENCIAS

- BELLO, G. (1979). Ética y Objetividad: en torno a tres paradigmas de la ciencia social. *Teoría* (1), abril-mayo, Barcelona.
- BERTHELOT, J.-M. (1990). *L'Intelligence du social*. París: PUF.
- \_\_\_\_\_. (2000). *Sociologie. Épistémologie d'une discipline*. Bruxelles: Éditions De Boeck.
- \_\_\_\_\_. (2001). Les sciences du social. En *Épistémologie des sciences sociales* (pp. 203-265). París: PUF.
- BOUTIER, J., JULIA, D. (1995). *Passés recomposés*. Paris: Autrement.
- LAHIRE, B. (1998). *L'Homme pluriel*. París: Nathan.
- OLVERA SERRANO, M. (1992). Hermenéutica y teoría social. *Sociología*, 20 (7), pp. 75-94.
- PASSERON, J.-C. (2006). *Le raisonnement sociologique*. París: Albin Michel.
- POPPER, K. (1973). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- SPARTI, D. (1995). *Epistemologia delle scienze social*. Roma: La Nuova Italia Scientifica.

WALLERSTEIN, I. (1996). Por una ciencia social unificada. En *Report of the Gubelkian Commision on the Restructuring of the Social Sciences*.